

Tormenta solar

Arthur C. Clarke y Stephen Baxter

Traducción:
Isabel Blanco González



Libros publicados de Arthur C. Clarke y Stephen Baxter

UNA ODISEA EN EL TIEMPO

1. El ojo del tiempo
2. Tormenta solar

Título original: *Sunstorm*

Primera edición

© 2005, Arthur C. Clarke y Stephen Baxter, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: David Stevenson

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-719-0 Depósito legal: B-34795-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Primera parte
Un sol siniestro

El regreso

Bisesa Dutt se quedó atónita y con la boca abierta.

Estaba de pie. Solo que no sabía dónde.

Sonaba música.

Dirigió la vista hacia la pared y vio la imagen aumentada de un chico joven guapísimo cantando delante de un micrófono antiguo. Era tan guapo que resultaba irreal; la estrella de la música sintética, la sublimación de los anhelos confusos de una preadolescente.

—¡Dios mío, pero si se parece a Alejandro Magno!

Los colores de la pared eran tan brillantes que apenas podía apartar los ojos. Había acabado por olvidar lo gris y monótono que era Mir. Pero lo cierto era que Mir era un mundo enteramente distinto.

—Buenos días, Bisesa —anunció Aristóteles—. Soy tu despertador. Tienes el desayuno abajo, esperando. Los titulares de hoy anuncian...

—Cállate.

La voz de Bisesa sonó como un gruñido en un desierto polvoriento.

—Claro —cantó con dulzura la voz sintética del despertador.

Bisesa miró a su alrededor. Aquel era su dormitorio de su casa de Londres. Le pareció pequeño y atestado de cosas. La cama era grande y blanda pero ella no había dormido allí.

Se acercó a la ventana. Las botas de militar habían dejado huellas profundas sobre la alfombra y restos de polvo rojo. En medio de aquel cielo gris plano al filo del amanecer apareció por fin el perfil de Londres.

—Aristóteles.

—¿Sí, Bisesa?

—¿Qué día es hoy?

—Martes.

—¿De qué fecha?

—Ah, 9 de junio de 2037.

—Debería estar en Afganistán.

Aristóteles carraspeó antes de contestar:

—Yo ya me he acostumbrado a tus cambios repentinos de planes, Bisesa.

Recuerdo que una vez...

—¿Mamá?

Era la voz de una niña pequeña y somnolienta. Bisesa se giró.

Myra iba descalza y despeinada, sacaba la barriga y se restregaba un ojo; no era más que una niña de ocho años que apenas estaba despierta. Llevaba su pijama favorito, el de los personajes de dibujos animados brincando por la camiseta. Aunque a esas alturas se le había quedado pequeño por lo menos en dos tallas.

—No me dijiste nada de que fueras a volver.

Bisesa sintió que algo en su interior se desgarraba.

—¡Oh, Myra...!

La niña dio un paso atrás y dijo:

—Hueles raro.

Bisesa bajó la vista hacia sí, atónita. Estaba tan fuera de lugar en el apartamento londinense del siglo XXI con aquel mono arrugado, roto y cubierto de sudor y polvo como lo habría estado con un traje espacial. Sin embargo, esbozó una sonrisa.

—Sí, tengo que ducharme. Luego desayunaremos y te lo contaré todo...

La luz cambió sutilmente. Bisesa se giró hacia la ventana.

Había un ojo sobre la ciudad; una esfera de plata que flotaba como un globo antiaéreo. No sabía a qué distancia o a qué altura estaba ni cómo era de grande. Pero sabía que era un artilugio de los primogénitos que la habían trasladado desde Mir, desde el otro mundo, hasta casa.

Un sol siniestro se alzaba sobre los tejados de Londres.

2

El pico de la Luz Eterna

Mikhail Martynov había dedicado toda su vida al estudio del sol. Y nada más verlo al comienzo de aquel día fatídico supo en lo más hondo de su ser que algo iba mal.

—Buenos días, Mikhail. Son las dos de la madrugada en la Luna. Buenos días, Mikhail. Son las dos y quince segundos de la madrugada. Buenos días...

—Gracias, Tales.

No obstante, Mikhail llevaba ya tiempo despierto y en marcha. Como siempre, se había levantado unos cuantos minutos antes de la hora, antes de que sonara la voz suave y electrónica de Tales; una costumbre que mantenía con independencia del horario de Houston, del que era esclavo el resto de la gente que vivía en la Luna.

Mikhail era un hombre de costumbres fijas. Y comenzaría aquel día tal y como comenzaba todos sus largos y solitarios días de observación en el Servicio Meteorológico de la estación espacial: con un paseo al sol.

Tomó a toda prisa un desayuno de frutas concentradas y agua. Siempre bebía el agua pura, jamás la contaminaba con ningún granulado de café u hojas de té porque se trataba de agua de la Luna; el producto de la lenta suma de miles de millones de cometas durante años, extraída y procesada especialmente para él por robots que costaban millones de dólares, así que lo menos que podía hacer era saborearla.

Se subió con energía el traje espacial para tareas extravehiculares. Era cómodo y fácil de manejar; el resultado de seis décadas de evolución desde la torpe armadura de los astronautas del Apolo. Y además era inteligente: tanto que alguna gente decía que él solito podía salir de paseo por la Luna.

A pesar de la supuesta inteligencia del traje espacial, Mikhail tomó las debidas precauciones y siguió la serie completa de comprobaciones manuales rutinarias de los sistemas de soporte vital. A excepción de la omnipresencia electrónica de Tales, estaba solo en el polo sur de la Luna, y todo el mundo sabe que la baja gravedad acaba por atontar a las personas; a la gente que vive en la Luna se le suele llamar los «locos del espacio». Mikhail era muy consciente de la importancia de estar bien concentrado en su tarea si quería seguir vivo.

De todos modos, no tardó más que unos minutos en ajustarse el traje y sentir el calor que le proporcionaba. Entonces observó el espacio diminuto de lo que constituía el interior de su casa a través de la pletina del casco del traje con su ligera distorsión. Era un hombre vestido y equipado de arriba abajo para la vida interplanetaria, pero incongruentemente de pie en medio de un revoltijo de ropa sucia y platos sin fregar.

Después, con la gracia fruto de una larga práctica, se abrió paso a través de la cámara de descompresión y a continuación a través de la cámara antipolvo hasta salir a la superficie de la Luna.

Estaba en la pendiente inclinada de un cráter, cerca ya del borde pero todavía en la zona de sombra, con apenas algo de luz artificial. El cielo silencioso estaba abarrotado de estrellas. Al alzar la vista, lo cual lo obligó a inclinar la espalda y a estirar el traje, distinguió las deslumbrantes franjas de luz natural en lo alto de la pared del cráter; eran las zonas hasta las que llegaban los rayos del bajísimo sol polar. Allí arriba, a la luz del sol, habían instalado un huerto solar, un huerto de antenas y otro de sensores solares que, en última instancia, constituían el propósito principal de la Estación Espacial.

El Servicio Meteorológico de la estación espacial estaba excavado en una de las paredes de un cráter llamado Shackleton y era uno de los habitáculos más pequeños de la Luna; constaba solo de unos pocos espacios hinchables de techo abovedado unidos por túneles bajitos. Encima de toda la instalación habían amontonado una capa de polvo lunar gris marengo.

Puede que el refugio no resultara muy atractivo, pero estaba situado en uno de los lugares más significativos de la Luna. A diferencia de la Tierra, el eje de la Luna no está inclinado marcadamente, por ello no hay estaciones. Y en el polo sur lunar el sol jamás se alza muy alto en el cielo. Hay sombras que son largas siempre y en algunos lugares, además, son permanentes. El pedazo en el que se encontraba de pie Mikhail en ese momento llevaba a la sombra miles de millones de años si no contamos la luz artificial.

Mikhail bajó la vista hacia el fondo de la pendiente, más allá de los bultos bajitos de las bóvedas de la estación. Los focos de luz instalados en el suelo del Shackleton mostraban un complejo sistema de canteras y maquinaria pesada. Allí abajo los robots trabajaban duro con el verdadero tesoro de la Luna: el agua.

Cuando los astronautas del Apolo volvieron a casa con las rocas polvorientas de la Luna, los geólogos de la Tierra se quedaron mudos de asombro: aquellas primeras muestras no solo no contenían ni el menor rastro de agua, sino que el agua tampoco había contribuido químicamente a formar la estructura de esos minerales. Tardaron décadas en descubrir la verdad. La Luna no era hermana de la Tierra, sino su hija; se había formado durante los primeros días de vida del sistema solar, al producirse un choque entre la prototierra y otro planeta que se encontraba también en una etapa infantil. Los escombros que se habían ido fusionando hasta formar finalmente la Luna habían alcanzado tal grado de calentamiento que reflejaban una luz blanca azulada, y durante ese proceso se había perdido todo rastro de agua. Posteriormente muchos cometas se habían estrellado contra la superficie de la Luna a lo largo del tiempo, pero a pesar de las miles de toneladas de agua que habían supuesto esos impactos menores casi toda se había perdido. Sin embargo, una pequeña proporción, una mínima proporción había logrado filtrarse para siempre a través del suelo en permanente sombra de los cráteres de los polos; un regalo en forma de agua para la Luna, en recompensa por las circunstancias de su nacimiento.

Esa cantidad de agua era poca cosa para los estándares de la Tierra: nada más que un lago de tamaño medio, aunque respetable. En cambio, para los colonizadores de la Luna se trataba de una joya de precio incalculable, más valiosa que su propio peso en oro, literalmente hablando. También tenía un valor incalculable para los científicos, ya que en sí misma constituía un registro acerca de la formación de los cometas durante eones y, además, ofrecía pistas indirectas acerca de la formación de los océanos de la Tierra, que también habían sido un legado del impacto de los cometas.

No obstante, el interés de Mikhail por ese lugar de la Luna en concreto no se debía al hielo, sino al fuego del sol.

Mikhail se giró y comenzó a subir trabajosamente por la fuerte pendiente en dirección a la luz natural. No había camino alguno trazado; el sendero se había ido formando a base de pisadas humanas. En todo caso lo marcaban las luces de las farolas, como las llamaba todo el mundo. No eran más que lámparas con forma de globos pequeños colgadas de palos, colocados allí para poder ver.

La pendiente era empinada y costaba trabajo subirla a pesar de la suave gravedad de la Luna, de solo un sexto. El traje ayudaba con la sutil vibración de los servomotores acoplados al exoesqueleto y las bombas de los ventiladores, que mantenían limpia la pletina del casco del sudor que se iba condensando. Enseguida comenzó a jadear y sentir el suave tirón de los músculos: aquel paseo constituía su único ejercicio diario para estar en forma.

Por fin alcanzó la cima del cráter y salió a pleno sol. Allí, acurrucado, se encontraba un pequeño grupo de robots sensores, todos ellos asomados a la luz del sol con su infinita paciencia electrónica. Sin embargo, para Mikhail la luz era demasiado fuerte y de inmediato la pletina se oscureció.

Arriba la vista era todavía más extraordinaria y compleja que desde abajo. Estaba de pie al borde del Shackleton, un cráter menor, comparativamente hablando, pero que se cruzaba con las circunferencias de otros dos formando una doble intersección por el lado oeste. El paisaje era un revoltijo confuso de un alcance superior al humano: los bordes lejanos de los cráteres quedaban ocultos más allá del horizonte. Sin embargo, Mikhail se había entrenado y con el tiempo había logrado discernir las suaves curvas de aquellas cadenas montañosas que marcaban los perímetros de unas cicatrices que se solapaban unas con otras. Y todo ello con el fuerte relieve que proporcionaba la luz baja de un sol que no dejaba de girar en el horizonte y de arrojar largas sombras que giraban como las manillas de un reloj.

El polo sur debía su orografía a un tremendo impacto ocurrido cuando la Luna era todavía joven, impacto que había dejado como legado el mayor cráter de todo el sistema solar y el paisaje más contorsionado de toda la Luna. Aquel lugar suponía un gran contraste frente a la plana y basáltica llanura de la Tranquilidad, donde habían aterrizado por primera vez Armstrong y Aldrin, mucho más al norte y cerca ya del ecuador de la Luna, desde donde apenas se podía imaginar que existiera un lugar semejante.

Además, el pico en el que se encontraba Mikhail era especial. Allí, en las montañas del polo, la mayoría de los lugares conocían la noche ya que o bien pasaba la sombra de una pared del cráter o bien pasaba la sombra de otra, de modo que en cualquier caso la luz del sol quedaba bloqueada en algún momento. Pero el pico sobre el que estaba de pie Mikhail era diferente. El azar geológico lo había elevado y lo había situado en un punto un poco más alto que a sus primos, los de los otros dos lados, así que aquella cima jamás quedaba oscurecida con ninguna sombra. Mientras la estación, a solo unos pocos pasos de allí, estaba perpetuamente a oscuras, aquel era el pico de la Luz Eterna. No había ningún lugar como aquel en la Tierra inclinada y apenas había un puñado de sitios similares en toda la Luna.

En realidad, allí no había ni verdadera mañana ni verdadera noche; no era de extrañar que el reloj personal de Mikhail se desviara del consenso general del resto de los habitantes de la Luna. No obstante, era un paisaje extraño que él había aprendido a amar. Y no había ningún lugar mejor en todo el sistema que formaban la Tierra y la Luna para estudiar el sol, que jamás se alejaba de ese cielo sin aire.

Sin embargo, aquel día, ahí de pie, algo preocupaba a Mikhail.

Por supuesto que estaba solo; la idea de que alguien pudiera llegar a hurtadillas a la estación sin hacer saltar cientos de sistemas de alarmas

automáticas era inconcebible. Los centinelas silenciosos de los monitores solares no mostraban ninguna señal de perturbación o de cambio, aunque tampoco es que la vigilancia superficial de sus globos oculares, envueltos como estaban en sus estuches gruesos de Kevlar para protegerlos de los meteoritos, pudiera haberle revelado nada. De modo que, ¿qué era lo que le preocupaba? La serenidad que se respiraba en la Luna hacía de ella un lugar incómodo para albergar ese tipo de inquietud, no obstante, y a pesar del calor que le proporcionaba el traje, Mikhail sintió un estremecimiento.

Entonces comprendió.

—Tales, enséñame el sol.

Cerró los ojos y alzó el rostro hacia la claridad.

Al abrir los ojos, Mikhail examinó un extraño sol.

La pantalla frontal de su casco había bloqueado la mayor parte de la luz del disco principal. Pero podía distinguir la atmósfera del sol, la corona, un halo incandescente y difuso que se extendía a una distancia mucho mayor que el diámetro del sol. La corona tenía una textura lisa que siempre le había recordado a la madreperla. Pero él sabía que esa suavidad no hacía sino enmascarar una violencia electromagnética que era la causa del cambio climático espacial que él llevaba toda su vida estudiando.

Distinguió el disco solar en sí mismo en el centro de la corona, reducido gracias a los filtros del visor al reflejo sombrío de las ascuas vivas del carbón. Pidió a Tales que se lo aumentara y pudo distinguir un moteado, posiblemente el granulado de las enormes células de convección que formaban el rostro del sol. Y justo ahí, visible y junto al centro, pudo distinguir un parche más oscuro; evidentemente no se trataba de un granulado, sino de algo mucho más extenso.

—Una región activa —murmuró Mikhail.

—Y bien grande —contestó Tales.

—No tengo aquí el cuaderno de bitácora... ¿es esa la región 12687?

Los humanos llevaban décadas numerando y observando las regiones activas del sol así como las fuentes de los estallidos y otros incidentes.

—No —contestó Tales con su delicada voz—. La región activa 12687 está decayendo y esta está situada un poco más al oeste.

—Entonces, ¿qué...?

—Esta región no tiene número. Es demasiado nueva.

Mikhail silbó. Por lo general cualquier región activa tardaba días en desarrollarse. Analizando las resonancias que producía el sol, es decir, las inmensas y lentísimas ondas sonoras que atravesaban toda la estructura del cuerpo solar, era posible en términos generales localizar regiones activas importantes incluso aunque estuvieran en la cara oculta del sol y antes de que

la rotación de la estrella mostrara esas regiones. Pero, según parecía, aquella región bestial era distinta.

—Hoy el sol está inquieto —murmuró Mikhail.

—Mikhail, tu tono de voz no es el de siempre. ¿Es que sospechabas que esa región activa estaba ahí antes de pedirme que te la mostrara?

Mikhail había pasado mucho tiempo a solas con Tales, pero no se le ocurrió pensar nada acerca de esa muestra de curiosidad.

—Uno acaba por desarrollar cierto instinto para estas cosas.

—Las sensaciones humanas siguen siendo un gran misterio, ¿verdad, Mikhail?

—Sí, así es.

Mikhail atisbó cierto movimiento por el rabillo del ojo. Se giró y le dio la espalda al sol. Nada más aclararse la pletina del casco, pudo distinguir una luz avanzando hacia él a través de las sombras de la luna. La vista era tan poco frecuente para Mikhail como el problemático aspecto del sol.

—Creo que tenemos visita. Tales, asegúrate de que hay agua caliente suficiente para la ducha —dijo mientras echaba a caminar por el sendero cuesta abajo, poniendo buen cuidado de elegir con prudencia y antelación dónde ponía el pie, a pesar del creciente entusiasmo—. Parece que hoy va a ser un gran día.

Royal Society

Siobhan McGorran estaba sola, sentada en un amplio sillón. Había desenrollado la pantalla táctil y la había extendido sobre el regazo, y tenía el teléfono sujeto a la oreja. Además, tenía una taza de café bien amargo sobre la mesita de al lado. Estaba ensayando la conferencia que iba a ofrecer en menos de media hora ante una audiencia compuesta por los más distinguidos de sus colegas.

Leyó en voz alta:

—Este año 2037 promete ser el año más significativo para la cosmología desde el 2003, cuando se determinaron con exactitud los componentes básicos del universo y la proporción de materia bariónica, materia oscura y energía oscura. En aquel entonces yo tenía once años y recuerdo lo nerviosa que estaba cuando llegaron los resultados de la sonda de microondas anisotrópicas Wilkinson. Ya sé que no era una adolescente muy normal, pero para mí la sonda MAP fue como Colón, solo que en robot. Aquella sonda cosmológica intrépida se envió con la esperanza de encontrar la materia oscura de la China, pero por el camino nos topamos con la energía oscura de América. Y del mismo modo que los descubrimientos de Colón fijaron para siempre en la mente humana la geografía de la Tierra, así aprendimos nosotros la geografía del universo en el año 2003. Y ahora, en 2037, gracias a los resultados que hemos podido adelantar con los últimos descubrimientos de la sonda anisotrópica Quintaesencia...

Las luces de la sala se apagaron un segundo y Siobhan perdió la línea de lo que iba leyendo. Entonces oyó a su madre chasquear la lengua.

—Y tal y cual... —dijo Maria. Su suave acento irlandés sonó exagerado por el diminuto auricular del teléfono—. Y con el tiempo, cuando la gente se olvide de ese embrollo técnico acerca de una nave vieja de la que ya nadie se acuerda, supongo que tú volverás a concentrarte en las cosas importantes.

Siobhan reprimió un suspiro.

—Mamá, soy la astrónoma real y estoy nada menos que en la Royal Society. Tengo que hacer el discurso de apertura, y lo que todo el mundo espera precisamente es que suelte ese embrollo técnico.

—Jamás se te dieron bien las analogías, cariño.

—Podrías mostrar un poquito de confianza en mí —dijo Siobhan, que dio un sorbo de café con cuidado de no mancharse el traje—. Quiero decir, mira dónde ha llegado tu hija pequeña.

Siobhan encendió la opción de visualización del teléfono para que su madre pudiera apreciar la sala.

Aquella era una de las famosas salas de alquiler de las oficinas de la Royal Society en el Carlton Terrace de Londres. Siobhan estaba rodeada de ricas antigüedades, una lámpara de candelabro colgaba del techo y a su lado tenía una chimenea de mármol.

—¡Qué sala tan magnífica! —murmuró Maria—. ¿Sabes?, tenemos mucho que agradecerles a los victorianos.

—La Royal Society es mucho más antigua que los victorianos...

—Pues aquí no hay lámparas de candelabro, eso te lo aseguro —dijo Maria—. No hay más que mucha gente mayor y maloliente, entre la cual me incluyo.

—Eso no son más que tendencias.

Maria estaba en el hospital Guy's, cerca del puente de Londres, a solo unos cuantos cientos de metros de Carlton Terrace. Tenía una cita con relación a un cáncer de piel y estaba esperando su turno para ver al médico. Era la queja típica de las personas que habían envejecido bajo un cielo poroso, solo que encima Maria tenía que hacer cola.

Siobhan oyó que alguien en el hospital elevaba la voz y preguntó:

—¿Hay algún problema?

—Nada, que se ha montado un alboroto en la máquina de las bebidas —contestó Maria—. La máquina le ha rechazado el implante de crédito barato a un hombre. Hoy la gente está un poco nerviosa en general. Está resultando un día curioso, ¿no te parece? Puede que tenga alguna relación con ese cielo tan raro.

Siobhan miró a su alrededor.

—Bueno, aquí desde luego no se respira mucha más tranquilidad.

Siobhan se alegró de poder estar a solas tomando un café y de tener la oportunidad de repasar sus notas conforme se iba acercando la hora de la conferencia, a pesar de haberse sentido obligada a llamar a su madre al hospital. Sin embargo, en un momento dado la gente comenzó a arremolinarse contra las ventanas para asomarse a ver el cielo. Era un espectáculo divertido: un puñado de científicos de renombre internacional peleándose como niños para ver a la estrella del pop. Además, ¿qué estaban mirando?

—Mamá, ¿qué tiene de raro el cielo?

Maria le contestó con sarcasmo.

—Puede que sea mejor que lo compruebes por ti misma. Al fin y al cabo, eres la astrónoma real...

La conexión telefónica se perdió.

Siobhan estaba un tanto desconcertada; eso jamás había ocurrido.

—Aristóteles, vuelve a llamar, por favor.

—Sí, Siobhan.

Tras un par de segundos, volvió a oírse la voz de su madre:

—¿Sí?

—Estoy aquí —dijo Siobhan—. Mamá, hoy en día los astrónomos profesionales no nos dedicamos a mirar las estrellas.

Y menos todavía una cosmóloga como Siobhan, cuya principal preocupación era el universo en su vasta escala del espacio y el tiempo, no un puñado de objetos que podían verse a simple vista.

—Pero hasta tú has tenido que ver la aurora esta mañana.

Por supuesto que la había visto. A mediados de verano Siobhan siempre se levantaba alrededor de las seis de la mañana para salir a correr por Hyde Park antes de que el calor lo hiciera insoportable. Aquella mañana, aunque el sol había permanecido mucho tiempo por debajo de la línea del horizonte, Siobhan había observado el sutil tono escarlata y verde del cielo por el norte; las cortinas brillantes y las serpentinas de tres dimensiones bien definidas, la inmensa estructura de magnetismo y plasma que se alzaba por encima del horizonte de la Tierra.

—Las auroras tienen relación con el sol, ¿no? —preguntó Maria.

—Sí, son estallidos de viento solar.

Para su propia vergüenza, Siobhan cayó en la cuenta de que ni siquiera estaba segura de que el sol estuviera en ese momento en el punto máximo de su ciclo. Menuda astrónoma real estaba hecha.

De todos modos, aunque sin duda la aurora era todo un espectáculo y era muy poco frecuente que fuera tan brillante y que se viera en un lugar tan al sur como Londres, Siobhan sabía que no era más que el efecto secundario de la interacción del plasma solar con el campo magnético de la Tierra, y por lo tanto no tenía ningún interés científico. Por eso había seguido corriendo y no se había unido a las filas de corredores y paseadores de perros que se habían quedado mirando. Y desde luego no lamentaba haberse perdido esos momentos breves de pánico en los que la gente había asaltado los servicios de emergencia con llamadas telefónicas sin sentido, imaginándose que Londres ardía en llamas.

La gente seguía mirando por la ventana. Era todo un poco extraño, eso tenía que admitirlo.

Dejó el café a un lado y se acercó a la ventana con el teléfono en la mano. No veía gran cosa más allá de los hombros de los cosmólogos: un pedazo de verde del parque, otro poco de azul pálido del cielo. La ventana estaba cerrada y sellada, lo cual era imprescindible para poder poner el aire acondicionado, y sin embargo creía oír un montón de ruido de tráfico: sirenas y bocinas de numerosos coches.

Toby Pitt, que estaba junto a la ventana, la vio al fondo, detrás de toda la gente. Era un hombre amable y grande como un oso, con un fuerte acento pueblerino. Trabajaba para la Royal Society y era el organizador de la conferencia de ese día.

—¡Siobhan! ¡No pienso hacer ninguna broma por el hecho de que la astrónoma real haya sido la última en mostrar interés por el cielo!

Siobhan le enseñó el teléfono y contestó:

—No me ha hecho falta. Mi madre me lo ha contado todo.

—Pero verlo es impresionante. Ven, acércate.

Toby alargó su enorme brazo y lo posó alrededor del hombro de Siobhan y, con una mezcla de amable tacto e imponente presencia física, consiguió hacerla atravesar la multitud y llegar a la ventana.

Las salas de la Royal Society de Londres tenían buenas vistas sobre el centro comercial y sobre el parque de Saint James, que quedaba detrás. El césped del parque brillaba con un tono verde chillón que no era el de la hierba autóctona, sino el de una hoja gruesa y dura que soportaba la sequía importada del sur de Texas. Los aspersores lanzaban chorros de agua al aire sin descanso.

Pero el tráfico del centro comercial estaba colapsado. Los coches inteligentes habían optado por colocarse ordenadamente en fila y apagarse, pero sus conductores, frustrados, no dejaban de tocar las bocinas mientras una neblina de calor iba levantándose trémula sobre el aire húmedo. Siobhan alzó la vista y comprobó que las luces que controlaban el tráfico y que lo guiaban por cada carril se encendían y apagaban intermitentemente, según parecía al azar: no era de extrañar todo ese bullicio.

Alzó la vista. El sol, bien arriba, invadía con su luz un aire en el que no había ni una sola nube. A pesar de ello, al taparse los ojos con la mano para evitar el sol, pudo distinguir el rastro de varias bandas de una aurora boreal en el cielo. Entonces fue consciente de un ruido más allá de los cláxones del tráfico del centro comercial; se trataba de un estruendo más suave, amortiguado por el sellado de la ventana. Parecía el gruñido de una conducción frustrada que llegara desde el otro extremo de la ciudad. Así que aquel atasco no solo se desplegaba en aquella zona.

Por primera vez ese día sintió cierta inquietud. Pensó en su hija, Perdita, que estaba en la universidad. Perdita tenía veinte años y era una adulta joven y sensible, pero aun así...

Entonces se hizo un nuevo silencio, cambió la luz. La gente se agitó, inquieta. Siobhan miró por encima del hombro y comprobó que las luces de la sala fallaban. Aquel cambio sutil en el ambiente sonoro tenía que significar que el aire acondicionado también se había apagado.

Toby Pitt habló a toda prisa por teléfono. Luego alzó ambas manos y anunció en voz alta:

—No hay nada de qué preocuparse, señoras y caballeros. No somos solo nosotros; toda esta parte de Londres está sufriendo un apagón. Pero nosotros tenemos un generador de reserva que tendría que ponerse en funcionamiento enseguida —dijo Toby, que le guiñó un ojo a Siobhan y añadió—: Si es que logramos convencer a nuestra queridísima y nerviosa invitada para que comience la conferencia.

Sin embargo, Toby se llevó de nuevo el teléfono a la oreja y arrugó la frente con aire de preocupación.

En medio de un caluroso día de junio con treinta y tantos grados Celsius, la sala ya había comenzado a calentarse, y el traje de chaqueta y pantalón de Siobhan empezaba a resultar pesado e incómodo.

Se oían golpes como de choques, una serie de estallidos como los de los fuegos artificiales y el estruendo de las alarmas de los coches, todo ello procedente de la calle. Los cosmólogos se quedaron estupefactos; fue una reacción impulsiva colectiva. Siobhan se abrió paso para ver.

La cola del tráfico del centro comercial seguía parada exactamente igual que antes. Pero los coches daban bandazos hacia delante, aplastándose cada uno contra el de delante del mismo horrible modo que el péndulo de Newton. La gente salía de sus vehículos y algunas personas parecían estar heridas. De pronto, el atasco había dejado de ser un inconveniente organizado y metódico para convertirse en un desastre de metal retorcido, lubricantes chorreando y heridas dispersas. Y no había ni la menor señal ni de policía ni de ambulancia por ninguna parte.

Siobhan estaba desconcertada. Jamás había visto nada igual. Literalmente hablando. Todos los coches sin excepción eran inteligentes. Recababan información e instrucciones de los sistemas de control de tráfico y de los satélites de navegación y eran capaces de evitar ellos solos tanto a los otros coches como a los viandantes u otros obstáculos de los alrededores. Prácticamente jamás se oía hablar de ningún golpe y las muertes por accidente de tráfico se habían reducido al mínimo. Y sin embargo, la escena que estaba teniendo lugar en la calle le recordaba a los embotellamientos de las carreteras de Bretaña de su infancia, en la década de 1990. ¿Cómo era posible que todos los sistemas de guía electrónicos de todos los coches fallaran al mismo tiempo?

Un destello de luz la deslumbró. Retrocedió y alzó una mano para darse sombra. Cuando por fin pudo volver a ver, distinguió un manto de humo negro que se elevaba desde algún lugar al sur del río; el origen exacto era incierto

porque se perdía en una neblina sombría. De pronto la conmoción alcanzó al edificio de la Society. La vieja y dura estructura arquitectónica vibró y los cristales chirriaron. Siobhan oyó el tintinear remoto de cristales, el estruendo de alarmas y gritos.

Aquello debía de haber sido una explosión, y de las fuertes. Los cosmólogos comenzaron a murmurar en tono grave y con aprensión.

Toby Pitt puso una mano en su hombro. La expresión de su rostro había perdido todo rastro de buen humor.

—Siobhan, han llamado del despacho de la alcaldesa. Preguntan por ti.

—¿Por mí...? —repitió Siobhan, mirando a su alrededor. Se sentía perdida. No tenía ni idea de qué estaba pasando—. Pero la conferencia...

—Creo que todo el mundo comprenderá que se posponga, dadas las circunstancias.

—¿Y cómo voy a llegar hasta allí? A juzgar por el atasco de ahí fuera, si todo Londres está así...

Él sacudió la cabeza y contestó:

—Podemos poner una videoconferencia desde aquí. Sígueme.

Siobhan se llevó el teléfono a la oreja mientras salía de la sala detrás de Toby Pitt, observando sus anchos hombros.

—¿Mamá?

—¿Todavía estás ahí? No se oían más que murmullos.

—Eran los cosmólogos, que no paraban de hablar. Yo estoy bien, mamá. ¿Y tú...?

—Yo también. He oído una explosión pero no ha sido cerca de aquí.

—Bien —contestó Siobhan con alivio.

—He llamado a Perdita. La línea era un desastre, pero estaba bien. No les dejan salir hasta que todo haya terminado —le informó su madre.

Siobhan sintió un alivio enorme y casi irracional.

—Gracias.

—Los médicos no hacen más que correr de un lado para otro —continuó Maria—. Parece que hoy todos tienen el busca estropeado. En un día así lo normal es que no hubieran parado de entrar emergencias y muertos, pero yo todavía no he visto ninguno. ¿Crees que habrán sido los terroristas?

—No lo sé —contestó Siobhan. Toby Pitt le abrió la puerta y le hacía señas—. Trataré de mantener esta línea abierta.

Siobhan entró apresuradamente en la sala.

4

El visitante

El astromóvil llegó a la estación mucho antes de que Mikhail hubiera terminado el descenso por el sendero. El visitante esperó a la entrada del laboratorio con una expresión de impaciencia que ni siquiera el traje pudo disimular.

Mikhail creyó reconocer la figura únicamente por la pose. Aunque la población de la Luna estaba muy dispersa por todo el satélite, en realidad a escala humana se trataba casi de un pueblo en el que todo el mundo se conocía.

Tales se lo confirmó con un susurro.

—¡Es el doctor Eugene Mangles, el famoso cazador de neutrinos! ¡Qué emoción!

El maldito cerebro-ordenador lo estaba poniendo a prueba, pensó Mikhail muy enfadado; Tales conocía sus sentimientos de sobra. Aunque era cierto que el corazón le latía con más fuerza debido a los nervios.

Embutidos cada cual en su traje, Mikhail y Eugene se miraron incómodos el uno al otro. El rostro de Eugene, una escultura de planos en sombra, apenas resultaba visible a través del visor. *Tiene un aspecto muy joven*, pensó Mikhail. A pesar de ostentar un puesto sénior, Eugene no tenía más que veintiséis años: era un genio joven e inconformista.

Por un momento Mikhail se quedó callado, pensando qué decir.

—Lo siento —dijo al fin—, no suelo tener muchas visitas.

Pero las habilidades sociales de Eugene parecían aún menos desarrolladas que las de Mikhail.

—¿Lo has visto ya?

Mikhail sabía a qué se refería.

—¿Te refieres al sol?

—A la región activa.

Por supuesto, el chico se había acercado hasta allí por el sol. ¿Por qué otra razón iba a visitar la estación meteorológica solar? Desde luego no por el cascarrabias del astrofísico de mediana edad que estaba al mando. A pesar de todo, Mikhail sintió una punzada estúpida e irracional de desilusión. Pero trató de mostrarse amable.

—Pero ¿tú no trabajas con los neutrinos? Creía que tu área de estudio era el núcleo del sol, no su atmósfera.

—Es una larga historia —contestó Eugene, mirándolo largamente—. Esto es importante. Más importante de lo que tú te crees. Yo lo predije.

—¿El qué?

—La región activa.

—¿Lo dedujiste de tus estudios del núcleo? No lo comprendo.

—Por supuesto que no lo comprendes —dijo Eugene, al que parecía no importarle en absoluto ofender a Mikhail—. Tomé nota de mis predicciones a través de Tales y de Aristóteles, y puse la fecha para demostrarlo. He venido aquí a confirmar los datos. Es un hecho que está sucediendo tal y como dije que sucedería.

Mikhail se esforzó por sonreír.

—Entra. Hablaremos de ello. Puedes comprobar todos los datos que quieras. ¿Quieres un café?

—Tienen que escucharme —contestó Eugene.

—¿Quiénes? ¿Escucharte acerca de qué?

—Del fin del mundo —declaró Eugene—. Creo.

Eugene entró el primero en la cámara antipolvo y dejó a Mikhail detrás, boquiabierto.

No intercambiaron una sola palabra mientras atravesaban la cámara antipolvo y después la cámara de descompresión para llegar al laboratorio. Los humanos que vivían en la Luna seguían siendo pioneros y, si eran inteligentes, guardaban silencio durante todo el proceso de pasar de un medio ambiente a otro a través de cerramientos, sellos y superficies comunes de contacto y a la hora de quitarse y ponerse el traje para realizar actividades fuera de la nave. Fuera de lo que fuera de lo que estuvieran hablando o lo que estuvieran pensando, no debían concentrarse en otra cosa más que en el procedimiento que tenían que llevar a cabo en ese momento para salvar la vida. Aunque, por supuesto, si uno no era inteligente tenía suerte si lo despachaban de allí antes de matarse o de matar a otros.

Mikhail, que con la práctica diaria había logrado ser muy hábil, fue el primero en quitarse el traje de astronauta. Mientras el traje se deslizaba un tanto grotescamente hacia la estación de limpieza, con el servomotor arras-

trándolo por el suelo como si se tratara del pellejo de un animal desollado vivo, Mikhail se quedó en ropa interior y se acercó al lavabo a restregarse las manos con un hilillo de agua. El polvo gris negruzco que se le iba pegando de tanto manejar el traje espacial, mugriento a pesar de los notables esfuerzos de la cámara antipolvo, se le metía por todos los poros y entre las uñas y le iba quemando lentamente la grasa natural de la piel, confiriéndole un olor personal como de pólvora. Desde que habían puesto el primer pie allí, el polvo de la Luna había sido un problema: era muy fino, se colaba por todas partes y lo oxidaba absolutamente todo con un gran entusiasmo en cuanto tenía la menor oportunidad. Lo corroía todo, desde los artefactos mecánicos hasta la mucosa de las membranas humanas.

Aunque por supuesto no eran los problemas de la ingeniería del polvo de la Luna lo que preocupaba a Mikhail en ese preciso momento. Se atrevió a echar un vistazo a su alrededor. Eugene se había quitado los guantes, las botas y el casco. Sacudía la preciosa cabeza para soltar el espeso cabello. Ese era el rostro que Mikhail recordaba, el rostro que había visto por primera vez en una reunión social y sin sentido en Clavius o en Armstrong: una cara joven, recién endurecida por la madurez pero con la delicadeza todavía de la simetría y de la lozanía, a pesar de que los ojos demostraban cierta dosis de locura; un rostro por el que había sentido una atracción tan inexorable como la que siente la mariposa por la vela.

Eugene se quitó el traje espacial y mientras tanto Mikhail no pudo evitar mencionar un viejo recuerdo:

—Eugene, ¿has oído alguna vez hablar de *Barbarella*?

—¿Está en Clavius?

—No, no. Me refiero a una película antigua del espacio. Es que soy un entusiasta del cine de antes de la era espacial. Una actriz joven llamada Jane Fonda... —comenzó a contar Mikhail. Pero era evidente que Eugene no tenía ni idea de qué estaba hablando—. Bueno, no importa.

Mikhail se dirigió hacia la pequeña bóveda en la que estaba situada la ducha, se quitó la poca ropa que le quedaba y se quedó debajo del chorro de agua. Las grandes gotas comenzaron a salir despacio, trémulas, y a caer con una lentitud mágica en el suelo debido a la baja gravedad. Una vez allí las bombas de succión atraían cada una de aquellas preciosas moléculas. Mikhail alzó la cara hacia el chorro y trató de calmarse.

—He preparado un poco de café, Mikhail —dijo Tales con su delicada voz.

—Qué amable eres, Tales.

—Todo está bajo control.

—Gracias...

A veces era como si Tales conociera verdaderamente su estado de ánimo.

Tales era de hecho un clon de Aristóteles, solo que menos sofisticado. Aristóteles era una inteligencia nacida de los cientos de miles de millones de

ordenadores de todos los tamaños que había en la Tierra y de las redes que los conectaban; un descendiente remoto de los motores de búsqueda de finales del siglo xx. Se había convertido en una gran mente electrónica, y sus pensamientos recorrían la superficie conectada de la Tierra con la rapidez del rayo. Durante años había sido el compañero constante de la humanidad, y por eso, al iniciar los humanos la ocupación permanente de la Luna en la base Clavius, la idea de marcharse sin Aristóteles les había parecido inconcebible. Pero la luz tarda más de un segundo en viajar de la Tierra a la Luna; y en un ambiente en el que la muerte acecha al menor error esos retrasos resultan inconcebiblemente largos. Por eso habían creado a Tales, una copia de Aristóteles para enviar a la Luna. Tales se recargaba continuamente en los gigantescos almacenes de memoria de Aristóteles, pero era mil veces más simple que su primo por pura necesidad, ya que su sistema nervioso electrónico, tendido por toda la Luna, seguía siendo rudimentario comparado con el de la Tierra.

Fuera más simple o no, Tales cumplía su función a la perfección. Y desde luego era lo suficientemente inteligente como para justificar el nombre que le habían puesto: Tales de Mileto, el filósofo griego del siglo vi y el primero en sugerir que la Luna brillaba no porque tuviera luz propia, sino porque reflejaba la del sol. Y según se decía, también había sido el primer hombre en predecir un eclipse solar.

Tales estaba siempre disponible para todo aquel que se hallara en la Luna. Mikhail se encontraba muy solo a pesar de su resolución estoica y era Tales quien lo calmaba con su rítmica aunque desapasionada voz.

En ese preciso momento, mientras pensaba con cierta tristeza en Eugene, Mikhail sentía que necesitaba consuelo.

Eugene vivía en la base de Tsiolkovski, un cráter de la cara oculta de la Luna que albergaba una instalación subterránea muy compleja. La instalación estaba enterrada en medio de la quietud helada de la Luna, a salvo de cualquier temblor y a la sombra del clamor constante de la radio de la Tierra o de cualquier otra radiación excepto por las posibles y escasas filtraciones que pudieran producirse por la roca lunar, de modo que era la localización ideal para cazar neutrinos. Aquellas partículas fantasmales atravesaban casi cualquier material sólido como si no existiera, de modo que podían proporcionar datos únicos acerca de lugares tan inaccesibles como el centro del sol.

Pero qué extraño era eso de viajar hasta la Luna para meterse después en una madriguera cubierta con el regolito esparcido por el suelo a hacer ciencia, pensó Mikhail. Había muchos otros sitios mil veces más atractivos en los que trabajar. Como por ejemplo el cráter del polo norte, donde habían desplegado un conjunto de telescopios con el único propósito de buscar planetas; allí los telescopios eran capaces de ver la superficie de planetas semejantes a la Tierra cuyas órbitas alrededor del sol se extendieran a cincuenta años luz de distancia.

Estaba ansioso por hablar acerca de ese asunto con Eugene, por compartir ciertos aspectos de su vida con él y por contarle sus impresiones acerca de la Luna. Pero sabía que tendría que reprimir sus reacciones ante el joven.

Mikhail había aprendido a controlar sus reacciones desde que era adolescente, nada más hacerse plenamente consciente de su sexualidad: la homosexualidad seguía siendo un tema tabú en Vladivostok, incluso a principios del siglo xxi. Nada más descubrir su talento portentoso, se había dedicado de lleno al trabajo y enseguida se había acostumbrado a vivir solo. Dado que su carrera lo llevaría por toda la Unión Euroasiática hasta lugares tan lejanos como Londres o París y finalmente lo sacarían por completo de la Tierra, Mikhail esperaba encontrar ambientes más tolerantes. Y sí, así había sido, pero para entonces él estaba ya acostumbrado a la soledad.

Apenas había quebrantado el aislamiento casi monástico de su vida con unas pocas aventuras cortas y apasionadas. Y en ese momento, con más de cuarenta años, comenzaba a aceptar el hecho de que era poco probable que encontrara jamás a un compañero con el que compartir la vida. No obstante, eso no lo hacía inmune en el terreno de los sentimientos. Apenas le había dirigido la palabra un par de veces a ese chico guapo, Eugene, y ya se había enamorado.

Pero tenía que dejar todo ese asunto a un lado. Si Eugene se había acercado hasta Shackleton con un propósito, desde luego no era para verlo a él.

«El fin del mundo», había dicho el chico. Mikhail frunció el ceño pensando en ello mientras se secaba con la toalla.